
SUEÑO DE UNA CASITA DE CAMPO

Juan del Solar

A veces, abrumado por el murmullo incesante de los vehículos que transitan por las calles de nuestra ciudad o fatigado por el ruido de las máquinas segadoras con que nuestros vecinos atacan furiosamente la hierba de sus jardines, sueño en la pequeña casita situada en medio de suaves y verdes colinas. Allí, donde lejos de autopistas y caminos frecuentados, el único ruido de motores que se escucha es aquel de un tractor lejano.

Está en medio de un campo tranquilo de doradas sementeras, con verdes maizales y lozanas praderas, rodeadas de grandes árboles, donde pastan las vacas, pacíficas bestias que en las horas de gran calor yacen apiñadas bajo la sombra de las frondosas ramas, rumiando y filosofando.

No es una gran propiedad y la hemos dejado como un jardín salvaje donde las flores y las plantas cargadas de fruta silvestre comparten un espacio que nadie les limita o disputa.

Un arroyo de aguas claras corre con mucha parsimonia entre árboles frutales y macizos de flores, haciendo graciosas eses y formando pequeños islotes donde anidan los patos. En sus aguas se bañan a menudo nuestros perros, causando indignación entre las aves, la que señalan batiendo las alas y dando estridentes ¡Cuac, cuac! que ellos ignoran olímpicamente.

Cuando me aproximo salen empapados y chorreando agua a saludarme y a sacudirse junto a mí. Luego de mojarme corren frenéticos entre las altas hierbas, en las que se revuelcan para librarse del agua que les inunda el pelaje.

Rayo, el pequeño, tiene poco trabajo con su corta pelambreira, pero León, el gran peludo, tiene que darse vueltas como un derviche y, aún así, sólo logra secarse a medias.

Cuando terminan de revolcarse los llamo y les pregunto si quieren hacer un paseo con nosotros. Son perros inteligentes que comprenden todo y alegres mueven ahora la cola y saltan, dando grandes ladridos de placer y asentimiento.

Mi compañera sale de la cocina donde ha estado preparando el desayuno y ríe al contemplar las gracias de los perros.

¿Caminamos antes de desayunar o después? me pregunta.

Caminemos en ayunas, le digo, así volvemos con hambre.

Tomados de la mano emprendemos la marcha por el sendero que bordea el estero.

A pesar de ser tan temprano ya hace algo de calor, un calorcillo agradable que resulta aún mejor cuando se mezcla con las oleadas de aire fresco y perfumado que vienen del bosque vecino.

Salir de casa sin desayuno hace los sentidos más receptivos a los olores limpios y frescos del campo que trae consigo el viento, un viento suave que, moviendo apenas las ramas de los árboles, hace ondular las altas hierbas que cubren nuestro campo y los trigales vecinos.

En la franja multicolor de nuestro terrenito predominan el verde, el amarillo y el rojo de las flores silvestres, una cinta brillante que se extiende desde nuestra casa hacia las colinas, entre los trigales dorados y los verdes maizales de nuestros vecinos.

A éstos, tranquilos y toscos campesinos, rudos pero amistosos, no les importa que no cultivemos casi nada en nuestro terreno, fuera de algunos tomates, lechugas, porotos verdes, unos pocos melones, sandías y zapallos. Es tal vez sólo una ilusión, pero creo que les satisface ver por lo menos un trecho del campo en su condición salvaje, natural.

Nos ofrecen productos de sus tierras, leche, harina, mantequilla, negándose muchas veces a aceptar un pago. Les correspondemos ofreciéndoles productos de nuestra industria casera,

compotas y mermeladas de frutas silvestres, pastel de manzanas y otras golosinas que, o no conocen, o que carecen del tiempo para hacerlas.

Les encantan nuestros perros, y piensan que León es una maravilla. Mueven la cabeza con tristeza cuando les contamos que estaba ya castrado cuando pasó a integrar nuestra familia.

Una lástima, dicen, ¡Qué progenitor de lindos cachorros podría ser!

Seguimos por el sendero hasta llegar a unos potreros donde pastan unos preciosos caballos que al vernos, vienen curiosos a la valla que circunda el potrero. Sin embargo, al divisar los perros que se acercan a nosotros después de haber estado escudriñando la morada de algún zorro o de un conejo, se alejan con un suave trote dando resoplidos que indican que no se alejan por miedo, sino por prudencia.

Esta escena se repite a menudo, pero cuando llegan los perros al vallado antes que nosotros, no se acercan. Se limitan a observarnos a la distancia, moviendo la orgullosa cabeza de arriba a abajo y fustigándose los flancos con la cola. León y Rayo están acostumbrados a ver esta escena frecuentemente y ya no les prestan mucha atención.

En ocasiones, en caminatas que hacemos a los cerros cercanos, nos topamos con rebaños de ovejas acompañadas por perros ovejeros, algo que significa una gran diversión para los nuestros. El grande se echa al suelo en la actitud de una fiera que acecha su presa, mientras Rayo, el pequeño, alza la cola como una antena y erizando la piel gruñe suave, pero amenazadoramente. Los perros que acompañan el rebaño hacen otro tanto, o, muy curioso, los ignoran por completo y siguen como si no los vieran, actitud que sorprende mucho a los nuestros que se quedan pasmados preguntándose que clase de bichos son aquellos.

Los pastores son habitualmente un par de chicos, pero en ocasiones los acompaña una mujer que nos saluda amistosamente y que, deteniendo el rebaño, entabla con nosotros largas conversaciones en las que nos relata la vida y milagros de todos los vecinos, nos interese o no. En general es muy divertido lo que cuenta, pero es mejor reírse y olvidarlo.

La aventura ovejuna no es muy frecuente y por lo general se entretienen nuestros compañeros y guardianes corriendo de un arbusto al otro ladrando, para nuestro entendimiento sin razón alguna, ya que no vemos ningún animal que salga escapando de las matas. Puede ser que esos ladridos sean simplemente su forma de cantar. Si cantamos nosotros cuando nos sentimos solos o aburridos, ¿por qué no los perros?

El aire está caliente, pero el pasto continúa mojado de rocío. Yendo descalzos sobre la pradera sentimos los leves latigazos húmedos que nos propina la hierba sobre las piernas y los pies. Es delicioso caminar a pie desnudo sobre la tierra húmeda y el único temor que sentimos es pisar una avispa que duerma o se pasee sobre la tierra mojada. No tanto por el dolor que causa su saeta, sino por la pena de matar sin razón a un inocente insecto.

No nos gusta matar bichitos. A las arañas las sacamos cuidadosamente de alguna oscura esquina de la casa y las depositamos sobre algún arbusto propicio, deseándoles felicidad en su nuevo hogar. Uno o dos días después las vemos de vuelta en los tranquilos rincones, pero tal vez no sean las mismas. ¡Hay tantas!

Algunas son pequeñitas y saltonas y otras grandes y de largas patas. A las pequeñas las dejamos en sus viviendas, en realidad no nos estorban y puede que contribuyan al aseo de la casa, manducándose alguna mosca extraviada.

No existen en nuestro lugar ni mosquitos ni zancudos. No les gusta el agua clara y corriente del riachuelo que cruza el predio.

Lo que sí hay son mariposas, preciosos insectos con alas amarillas, azules, rojas, pintadas con franjas negras o con dibujos que semejan ojos o diseños de un vaso chino.

Vuelan siguiendo la corriente y, de pronto, se desvían con un tenue agitar de alas hacia la ribera donde se posan sobre alguna flor. Allí permanecen, agitando suavemente las alas mientras liban el néctar de los pétalos.

Nos imaginamos que están descansando, refrescándose de sus largos viajes y contemplamos largamente a esas pequeñas maravillas de la naturaleza y nunca, pero nunca, se nos ocurriría matarlas y meterlas atravesadas por un cruel alfiler en una caja de vidrio.

Vivas, en el aire o sobre las flores, son una visión mágica, divina. Muertas, un trazo triste de pintura, un sol congelado.

En silencio nos detenemos unos instantes a la orilla del bosque fresco y sombreado para escuchar mejor el gorjeo de los pájaros. Hemos seguido por un largo trecho el sendero que continúa más allá del límite de nuestra propiedad, hacia las verdes lomas. Tal vez esta tarde, antes de la puesta del sol volveremos y las visitaremos.

Ahora el sol sube en el cielo y queremos volver. Es hora de desayunar, pero ¿Qué pasa? Nuestros guardianes no desean volver y nos han desertado. Los oímos en el bosque, ladrando y fingiendo que nos protegen haciendo huir algún feroz oso o una jauría de lobos.

Conocemos esta treta y emprendemos camino de vuelta sabiendo que al llegar a casa nos estarán esperando, o que a medio camino saldrán de pronto de entre las matas para saltar sobre nosotros, ponernos las sucias patas sobre el pecho y, aprovechando nuestra sorpresa, lamernos la cara y escapar corriendo sin oír reproches.

Ellos y la pequeña casita nos esperan. ¿Dónde? No lo sé. Tal vez sólo en mis sueños.

FIN

Copyright 2014

Juan-Enrique del Solar
77933 Lahr
Alemania